

LA DOCTRINA TRUMAN Y LA POLÍTICA EXTERIOR NORTEAMERICANA

Juan Bosch

[Política: Teoría y Acción, Año 5, No. 57, diciembre de 1984]

La intervención del gobierno de Ronald Reagan en la vida política de El Salvador y Nicaragua, así como la toma militar de Granada, no es nada nuevo en la historia de Estados Unidos. En los últimos treinta años, la intervención armada en los países del Caribe o la amenaza de llevarla a cabo ha sido una táctica seguida tanto por los gobiernos demócratas como por los republicanos. La base para esa política fue echada el 12 de marzo de 1947, cuando el sucesor de Franklin Delano Roosevelt, Harry S. Truman, hizo pública la doctrina que lleva su nombre, la cual iba a convertirse rápidamente en la sustituta de la Doctrina Monroe.

La Doctrina Truman, llamada también “La guerra fría”, fue, desde el primer momento, una arrogación, por parte del Estado norteamericano, del derecho a intervenir en los problemas internos de cualquier país, y en cualquier parte del mundo donde la lucha de clases estuviera poniendo en peligro el poder de una clase gobernante pro-yanqui, y quien juzga si ese peligro es real es el gobierno de Estados Unidos, facultad con la cual la Doctrina Truman disminuyó la libertad de acción de las Naciones Unidas, cuya Carta Constitutiva había entrado en vigor el 24 de octubre de 1945, esto es, apenas un año y cuatro meses antes de la proclamación de esa doctrina.

La sustancia de la Doctrina Truman consistía—y sigue consistiendo —en declarar comunistas a todas las fuerzas que se oponen a que sus países sean sometidos al predominio económico, político y militar de Estados Unidos, lo mismo si esas fuerzas han conquistado el poder por medio de luchas armadas, como es el caso de Nicaragua, que si no lo han conquistado, pero tienen probabilidades de hacerlo, como sucede en El Salvador, que en aquellos lugares donde el poder se alcanzó por la vía electoral, de los cuales son ejemplos conocidos lo que sucedió en Chile en septiembre de 1973 y el asalto armado a Granada en octubre de 1983.

Si la Doctrina Truman se quedara en el punto de declarar comunista a un movimiento revolucionario o político o a un gobierno, sus efectos serían meramente políticos por lo menos en aquellos países donde Estados Unidos no tuviera una influencia dominante sobre las fuerzas armadas, aunque serían demoledores en aquellos donde los militares locales obedezcan órdenes de las misiones militares norteamericanas; pero es el caso que la Doctrina Truman va más allá y proclama el derecho de Estados Unidos a respaldar con todos los medios a su alcance, lo mismo, los económicos que las armas, a aquellas fuerzas y

gobiernos que, en opinión de los que aplican la Doctrina, representan los intereses del país de Richard M. Nixon.

La Doctrina Truman fue proclamada y puesta en vigor, como dijimos al comenzar este artículo, por el sucesor de Franklin Delano Roosevelt; sucesor debido a que era vicepresidente cuando murió Roosevelt, lo que significa que Truman era un personaje destacado del partido de Roosevelt, esto es, el Demócrata, y, sin embargo, su doctrina ha sido aplicada por gobernantes republicanos, como Dwight Eisenhower, Richard M. Nixon y Ronald Reagan, pero también por gobernantes demócratas como John F. Kennedy y Lyndon B. Johnson, y usada, en términos de amenazas, por Jimmy Carter. El único de los sucesores de Truman que ignoró esa doctrina fue Gerald R. Ford, lo que puede explicarse por las condiciones de provisionalidad en que pasó por la Casa Blanca y, sobre todo, porque al recibir el cargo de presidente recibió, también, las pesadas consecuencias de la guerra de Vietnam que iba a terminar pronto con la derrota de Estados Unidos.

El papel de la CIA

Además de ser el autor de la doctrina que lleva su nombre, Harry S. Truman creó la Agencia Central de Inteligencia (CIA), que iba a convertirse, en poco tiempo, en el aparato más eficiente a la hora de aplicar la doctrina de la guerra fría debido a que es ella la que tiene la facultad de calificar de comunista o procomunista a una fuerza revolucionaria o a un gobierno, pero, además de esa facultad, la CIA tiene a su cargo la elaboración de los planes que son necesarios para aplicar la Doctrina Truman en cualquier país y la de usar sus medios técnicos, humanos, económicos y, hasta cierto punto, los de armas en la realización de esos planes o en partes de ellos; y un análisis cuidadoso de los hechos que se han producido al ejecutar tales planes indica que la metodología que se ha ido creando en su aplicación ha sido también obra de la CIA.

En esa metodología resalta, por el hecho de que se empleó desde el primer episodio de la aplicación de la Doctrina Truman en un país de América, el uso de gobiernos títeres o de fuerzas no gubernamentales, aquéllos y éstas aliados de Estados Unidos, con preferencia al de militares norteamericanos, pero cuando es imprescindible usar el poder militar yanqui, como sucedió en el caso de Granada, el aspecto político de la intervención armada se encubre con solicitudes formales

de otros gobiernos o aprobación de organismos internacionales. Para llevar a cabo la ocupación militar de la República Dominicana en abril de 1965, el gobierno de Lyndon B. Johnson solicitó y obtuvo la aprobación de la Organización de Estados Americanos (OEA) y la colaboración militar del gobierno cuartelario del Brasil presidido por el general Castelo Branco, de la dictadura paraguaya de Alfredo Stroessner, de la somocista de Nicaragua, del gobierno hondureño encabezado por el jefe militar que había derrocado poco antes al Presidente Ramón Villeda Morales. En esa ocasión Costa Rica contribuyó con Estados Unidos enviando a la República Dominicana un grupo de policías porque la Constitución costarricense prohíbe la formación de ejércitos.

La CIA fue creada, tal como hemos dicho, por el gobierno de Truman, pero el que le dio el poder que necesitaba para convertirse en el calificador de gobiernos y fuerzas políticas que debían ser aniquiladas fue el de Dwight Eisenhower, en el cual ocuparon posiciones determinantes los hermanos Foster y Allan Dulles, el primero en condición de secretario de Estado y el segundo como jefe de la CIA. Esa circunstancia produjo efectos demoledores para los pueblos dependientes del poder norteamericano porque la función de la CIA era —y sigue siendo— identificar a los comunistas abiertos o encubiertos que operan fuera de los Estados Unidos y descubrir o inventar cuáles eran sus intenciones, y como el jefe de la política internacional del país era el hermano del jefe de la CIA, ambos departamentos del gobierno acabaron trabajando en estrecha unión con el resultado de que la política exterior de Estados Unidos pasó a ser sólo y nada más un ejercicio de cacería de comunistas a lo largo y lo ancho del globo terráqueo, y como quienes acopiaban los informes de origen extranjero eran los agentes de la CIA situados en los lugares de donde procedían esos informes, esa cacería mundial de comunistas acabó siendo hecha y dirigida a instancia y conveniencia de la CIA, y en el caso de América Latina los informadores de la CIA eran —y son— los partidarios de intervenciones estadounidenses en sus países, lo que equivale a decir los que por razones de conveniencia de tipo personal, como por ejemplo ventajas comerciales o de índole parecida, calificaban de comunistas a todos aquellos que no compartían sus puntos de vista sociales o políticos.

De Monroe a Truman

Cuando Truman hizo pública la doctrina que llevaría su nombre, el Estado que él presidía encabezaba la porción del mundo habitada por países capitalistas, de los cuales unos cuantos, muy pocos, tenían el desarrollo propio de ese sistema económico, social y político, pero la gran mayoría estaba compuesta de pueblos que malvivían produciendo materias primas para esos pocos y de manera especial para Estados Unidos, que había salido de la Segunda Guerra Mundial como el más poderoso centro industrial de la Tierra, tan poderoso que había fabricado lo que ningún otro país soñaba, siquiera, producir: las bombas atómicas que le pusieron fin a la guerra cuando explotaron en las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki el 6 y el 9 de agosto de 1945.

La Doctrina Truman fue la versión moderna, 124 años después, de la Doctrina Monroe, mediante la cual el capitalismo en ascenso de Estados Unidos enfrentaba al de Inglaterra, el más desarrollado en 1823, cuando se proclamó la Doctrina Monroe. Así pues, esta última correspondía a una época en que los países capitalistas competían por el dominio de las fuentes de materias primas y los mercados consumidores en un mundo en que el capitalismo era la corriente económica, social y política de avanzada, de manera que no importaba quien fuera el vencedor en esa competencia porque siempre sería un país capitalista y, en consecuencia, entre los que poblaban las partes del mundo que se disputaban, por ejemplo, Inglaterra y Estados Unidos, las personas de ideas más progresistas apoyarían siempre a un país capitalista y, por tanto, a un régimen político del sistema capitalista; o para decirlo de otra manera, en la lucha entre dos o más países que trataban de arrebatar zonas de influencia comercial, en los años en que fue proclamada la Doctrina de Monroe no había peligro político para ninguno de los que se declaraban competidores; pero, además, como todavía en esa época el capitalismo no disponía del poder que se requería para dominar sobre todos los pueblos del mundo, la Doctrina Monroe se limitó a advertirle al capitalismo inglés que no debía intervenir en los asuntos de las Américas, porción de la Tierra que estaba destinada a ser explotada sólo por el capital estadounidense.

Naturalmente, el Presidente Monroe no expuso la doctrina de su gobierno con palabras como las que estamos usando nosotros; él no salió del terreno político y lo que dijo daba la impresión de que Estados Unidos no aceptaría que en el

Nuevo Mundo se establecieran colonias de países europeos. Pero la Doctrina Truman fue concebida para ser aplicada a todo el globo terráqueo y contra un sistema político, social y económico que, desde su nacimiento, había declarado y demostrado que llegaba al mundo para establecerse en él en sustitución del capitalismo aunque hasta dos años antes de la proclamación de esa doctrina el país que se organizó sobre la base de ese sistema había sido aliado militar de grandes países capitalistas, como Estados Unidos, Inglaterra y Francia, y la participación al lado de esos aliados en la Segunda Guerra Mundial le había costado al Estado en el cual se había establecido ese nuevo sistema nada menos que la vida de 20 millones de sus ciudadanos.

Ese Estado era la Unión Soviética (Rusia) y el sistema en que vivía era el socialista, conocido entonces con el nombre de comunista.

1954 en Guatemala

La Doctrina Truman fue, pues, una declaración de guerra entre dos sistemas, el capitalista encarnado en Estados Unidos y el socialista personificado por la Unión Soviética, y se aplicó por primera vez en América Latina dos años y medio antes de que Fidel Castro iniciara la guerra de guerrillas en las montañas de la Sierra Maestra y, por tanto, siete años antes de que el mismo Fidel Castro proclamara que la Revolución Cubana había pasado a ser socialista, datos de tiempo que ofrecemos para que se advierta la naturaleza fantasmagórica que ha adquirido la política norteamericana impulsada por el miedo de los que la elaboran a perder la posición que ha disfrutado la clase gobernante de Estados Unidos, especialmente desde que su país pasó a encabezar el mundo capitalista a nivel mundial.

El fantasma del comunismo latinoamericano fue muerto a tiros el 27 de junio de 1954 en Guatemala, día del derrocamiento del gobierno que presidía el coronel Jacobo Arbenz, y para llevar a cabo esa hazaña el gobierno norteamericano que presidía el general Dwight Eisenhower plagó de mentiras su país y los nuestros para convencer a las dos Américas de que ese gobierno de Arbenz era comunista. Entre las mentiras recordamos bien una: la de que un buque ruso (soviético) había desembarcado en Puerto Barrios –el puerto más importante del país en la orilla del Mar Caribe– millares de bombas atómicas del tamaño de pelotas de tenis. (A la fecha en que se escriben estas líneas, treinta años después de haberse

dicho eso, a nadie se le ocurre que puedan fabricarse bombas atómicas tan diminutas).

El presidente Arbenz había ganado las segundas elecciones celebradas en Guatemala después del derrocamiento del dictador Jorge Ubico ocurrido en 1944 y cometió el imperdonable delito de someter a la Ley de la Reforma Agraria las tierras de la United Fruit, una empresa norteamericana de la que era abogado el secretario de Estado del gobierno de Eisenhower, Foster Dulles. Para sacar del poder a Arbenz, ese gobierno de Eisenhower se alió con el gobernante de Honduras, Juan Manuel Gálvez, ordenó a sus agregados militares en Guatemala que introdujeran en la oficialidad de las fuerzas armadas guatemaltecas el veneno de la traición a su jefe constitucional, que era el presidente Arbenz, alegando que éste era un agente comunista, y, por último, puso en acción a la CIA, que hizo vuelos de bombardeos sobre la capital del país para aterrorizar a la población civil mientras el coronel Carlos Castillo Armas salía de Honduras, país fronterizo de Guatemala, para invadir el territorio guatemalteco con hombres y armas proporcionados por la CIA.

Desde el derrocamiento de Arbenz en Guatemala no ha habido paz; las dictaduras militares se han sucedido en cadena y los asesinatos políticos se cuentan por muchos millares, pero Estados Unidos no puede ser juzgado como autor responsable de esas dictaduras y esos asesinatos porque el gobierno de Eisenhower no envió nunca soldados de su país a Guatemala; otro tanto hizo el de John F. Kennedy en el caso de la invasión a Cuba conocida con el nombre de Bahía de Cochinos; los invasores se reunieron en Guatemala con la complicidad del presidente de ese país, Miguel Ydigoras, y salieron hacia Cuba desde Puerto Cabezas, Nicaragua, protegidos por el gobierno de Luis Somoza Debayle, hermanito de sangre de Anastasio Somoza Debayle (Tachito) y heredero inmediato de la dictadura que había establecido, desde 1937, el padre de los dos, Anastasio Somoza García (Tacho).

Cooperación con España

El todopoderoso país llamado Estados Unidos tiene una Constitución que es el plano de la maquinaria del Estado. Desde el punto de vista formal, en ese plano está descrito cómo se mueve cada pieza de la máquina estatal y la obediencia a ese plano es automática al extremo de que en la historia del país nadie se ha

atrevido nunca a pensar, siquiera, en que un presidente podría ser derrocado por un golpe militar. Pero en el orden político esa Constitución no juega ningún papel. La política estadounidense está enteramente al servicio de los grandes capitalistas y se concibe y ejecuta para fortalecer, ampliar y beneficiar cada vez más sus empresas.

En el terreno de las concepciones políticas la Constitución de Estados Unidos es, desde el 12 de marzo de 1947, la Doctrina Truman. Truman la proclamó, pero la han obedecido al pie de la letra y del espíritu todos los gobernantes que ha tenido el país desde el día en que su autor salió de la Casa Blanca, salvo Gerald R. Ford, ya hemos explicado por qué.

En virtud de esa obediencia a la Doctrina Truman, los gobiernos norteamericanos de los últimos treinta años han dirigido el país con un solo criterio, el del anticomunismo; y lo han hecho así aunque en la apariencia alguno que otro haya mantenido buenas relaciones con un país comunista, como fue el caso de Richard Nixon y su posición con China Popular, porque esa política chinófila de Nixon era una táctica anticomunista que perseguía fortalecer el antisovietismo de los comunistas chinos, a quienes Nixon y sus consejeros consideraban menos peligrosos que los soviéticos.

La política anticomunista establecida por la Doctrina Truman llevó a cinco gobiernos norteamericanos a la vergonzosa derrota de Vietnam, la primera que ha sufrido Estados Unidos en sus más de doscientos años de historia, pero sin duda su etapa más repudiable es la que ha seguido el del Presidente Ronald Reagan. A tales extremos han llegado los ataques del gobierno de Reagan a la soberanía de Estados pequeños y, por tanto, débiles, que varios gobernantes de países europeos, que por mantenerse dentro del sistema capitalista son ideológicamente aliados de Estados Unidos, se han opuesto de manera pública a su política nicaragüense.

Por sí sola, esa oposición mella el prestigio de jefe mundial de la democracia representativa con que presentan a Estados Unidos sus líderes políticos, y no sólo el Presidente Reagan sino su secretario de Estado, el de la Defensa, los representantes norteamericanos en todo el mundo. La Doctrina Truman ha llegado a penetrar de manera tan honda en la conciencia de los funcionarios

públicos norteamericanos que a ninguna persona sospechosa de tener ideas comunistas se le concede visa para viajar a Estados Unidos.

¿Qué lleva a los gobernantes del país que se considera a sí mismo el líder de tres cuartas partes del mundo a actuar de esa manera?

En ningún país europeo, algunos de los cuales tienen fronteras comunes con países socialistas, se le niega la entrada en su territorio a nadie por razones ideológicas. Vista desde ese ángulo, la comparación con España, que vivió casi cuarenta años bajo la dictadura de Francisco Franco, deja muy mal parada a la cacareada democracia norteamericana.